

Cómo Murió FRANCISCO MORAZAN

“El Popular”, Sept. 11-1942.

Por Vicente Sáenz

Quince de septiembre de 1842. ¡Hace justamente un siglo! Por el camino de Cartago a San José, capital de Costa Rica, varios oficiales y sus tropas llevan preso, reconcentrado en sí mismo, a un hombre que parece haber vivido — sin apenas frisar en ellos — algo más de los cincuenta años.

Alto. Delgado. Barba negra, hasta los bordes del mentón, según usanza de la época.

Sangre coagulada, de herida muy reciente, en el carrillo izquierdo.

Expresión suave pero varonil en el semblante.

Lo llevan a caballo, con el paso lento de los cortejos fúnebres.

Detrás de él, conducido en una hamaca, cargan dos parejas de soldados a otro prisionero.

Va casi moribundo: pocas horas antes había querido darle fin a su suplicio, asestándose en el pecho terrible puñalada.

Francisco Morazán se llama el de adelante.

Vicente Villaseñor, el militar salvadoreño que en aquel calvario se desangra.

¡Muerto se quedó en Cartago José Miguel Saravia; muerto con estricnina por su propia mano, al ver que a Morazán, a Villaseñor y a él mismo se les ultrajaba con ponerles grillos!

Por su lealtad y su cultura, no debe olvidarse en nombre de este gran paladín en Centro América.

—:—

Acerca del arribo de los “reos” a San José, ha escrito lo siguiente un viejo historiador de mi país, adversario por supuesto de los “rojos”, y académico — entre otras cosas — de la lengua, que sabe manejar con gran soltura:

“Llegaron a San José a la una de la tarde. Un gran gentío los aguardaba desde lo alto de la cuesta de Las Moras hasta los Almacenes.

“Como lo escribió Morazán en su última carta al General Saget, allí había cinco mil hombres que presentaban un semblante investido de furor,

“No se oyó, sin embargo, una injuria, ni siquiera una voz descompuesta. En aquella multitud reinaba un silencio de muerte.

Morazán fue llevado a la Casa de Gobierno, donde está hoy el Palacio Nacional”.

—:—

A continuación explica el consabido historiador cómo empezó desde ese momento el último acto de la tragedia, al plantearse la cuestión de lo que tenía que hacerse con los prisioneros.

Y en pugna con lo que afirmó líneas arriba, acerca de la actitud respetuosa y silenciosa de los josefinos, cae entonces en asegurar que el pueblo, que la “numerosa plebe en armas”, tenía ya decretada y exigía la muerte de Morazán y de Villaseñor.

Pero eso es poco, según el autor de referencia, porque las turbas, “si no se ejecutaba sin dilación a los jefes vencidos”, harían en la noble metrópoli costarricense una degollina general.

Nuestros antepasados, pues, nuestros conterráneos capitalinos — así los presenta el historiógrafo máximo de por aquellos lares — “se iban exaltando, más y más, a medida que pasaba el tiempo, sin que se resolviera el asunto.”

Y a tales extremos llegó aquella tremenda y nunca vista exaltación, que “el pueblo amenazaba con que mataría a todos los prisioneros, a todos los costarricenses morazanistas, sin perdonar a los diputados,” ni al propio jefe de la insurrección, el señor Coronel o General — a posteriori — don Antonio Pinto.

Vale la pena tomar nota de que entre los diputados constituyentes figuraban los más ilustres, los más respetados y respetables varones del país.

—:—

Apoyándose en tan incontenible furia popular, que los josefinos no aceptarían como verídica, tenía que resultar muy fácil a don Antonio Pinto, y a sus defensores de hoy, interpretar a su gusto y albedrío la

tragedia de hace un siglo.

“Esta voz terrible — se disculpa Pinto — iba corriendo de fila en fila entre los soldados, y era proferida hasta por las mujeres y por los niños de la manera más imponente, añadiendo que no dejarían pasar el día sin que verificasen su amenaza”.

¡Es decir, la matanza sin distinción de todos los costarricenses morazanistas, en la que tomarían parte hasta las mujeres y los niños!

“En vista de lo cual — sigue hablando Pinto — calculé que en efecto cumplirían (los hombres, las mujeres y los niños) sus promesas; y que en este caso, sin que se salvaran los generales Morazán y Villaseñor, iban a ser sacrificados, de la manera más atroz, todos los restos del ejército federal y muchos costarricenses.

“Tales consideraciones me pusieron en la dura necesidad de ejecutar a Morazán y a Villaseñor, no permitiendo las circunstancias trámite ninguno, ni más tiempo que el de tres horas para que se dispusiesen a la muerte”.

—:—

Absueltos en esa forma los verdaderos responsables del asesinato de 1842; e inculpado — para su alivio de ellos — el pueblo de San José, termina con estas palabras su académico trabajo, sobre tan sangriento tema, el pulcro historiador cuyas palabras comenté al principio:

“La ejecución se llevó a cabo en medio de un profundo silencio, hacia las seis de la tarde del 15 de septiembre, cerca de la esquina sudoeste de la plaza de armas, hoy Parque Central.

¿Se advierte de qué manera, a cierta extraordinaria, reinó de nuevo el silencio entre tan furibunda “plebe en armas”?

Vale que por lo menos se hace coinstar, en las tres últimas líneas de este estudio, o como quiera llamársele, que Morazán murió de pie, estoicamente, heroicamente, “sin permitir que le vendaran los ojos, dando él mismo las órdenes de mando a los soldados que lo fusilaron.”